

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNICO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3.)

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

APÁRTATE DE LO MALO Y HAZ LO BUENO.

Diverte á malo et
fac bonum.
Psalm. 33.

Horribles son las profanaciones de los dias santos. Las miradas del sábio se fijan dolorosamente en el desgarrador espectáculo que ofrecen las poblaciones en los dias consagrados por la Iglesia á la gloria de Dios y á la santificacion de sus hijos. Estos dias, que son tan santos, se convierten en dias de pecado. En vez de alabanzas se oyen palabras groseras, canciones lúbricas y horribles blasfemias. Estos dias, que son tan puros, se convierten en dias de impureza y libertinaje. Estos dias, que son de salud y redencion, se convierten en dias de ruina moral, de cínica impiedad y esclavitud vergonzosa. La libertad que nace de la virtud, parece á mano airada del

vicio triunfante que engendra la servidumbre.

Cierto que era ya bastante el vergonzoso espectáculo que ofrece una ciudad católica, con sus comercios y talleres abiertos el domingo y haciendo público alarde de quebrantar las leyes de Dios y los preceptos de la Iglesia, pero sube de punto la profanacion cuando se ultraja y escarnece la santidad de las fiestas cristianas. Salid de vuestra casa y contemplad los llamados regocijos públicos. ¿Qué ois? Palabras groseras, canciones lúbricas y horribles blasfemias. Reparad todavia en esa multitud que inunda las calles y los paseos públicos. Esta mañana, el templo donde se celebran los misterios de nuestra redencion y resuena la palabra divina que salva las almas, los pueblos y naciones, el templo, cantera sagrada de donde se sacan las piedras vivas que forman

el edificio social, el templo estaba casi desierto. Esta mañana era el domingo de Dios, pero esta tarde la multitud inunda las calles, las plazas, los paseos y los templos del placer. ¿No oís esos ruidos atronadores? Son los cánticos de la embriaguez y de las obscenidades. ¿No veis ese lujo fascinador, esos rozagantes vestidos, esos caprichos de la moda, reina del mundo moderno? Es el paganismo que ha invadido las casas, las familias, las ideas y los afectos; es el lujo de los cuerpos, señal tristísima pero infalible de la lujuria que envilece las almas.

¿No veis esa alegría que se desborda ruidosa, ya que no sincera, en tabernas, cafés y casinos? Es hija de la civilización moderna que para alejar al marido del hogar y á los hombres del templo, ha creado centros de corrupción y templos del placer donde se levanta el ídolo del sensualismo, único dios de las generaciones paganizadas. ¿No habéis penetrado en esos salones de baile que se abren en los días de fiesta á una juventud disipada y pervertida? Son escuelas de libertinaje, focos de inmoralidad, saturnales de lascivia donde se rinde culto á la más infame de las pasiones. Unos cuantos hombres sin pudor y sin conciencia especulan á costa de la virtud, de la moralidad pública y de las buenas costumbres.

¿Qué les importa á estos violadores del orden moral la corrupción de la juventud, la ruina de las familias y el trastorno de la sociedad? Los padres se quejan, los buenos se lamentan, la Iglesia llora, la sociedad se estremece porque esa juventud se pervierte, se corrompe, se degrada y envilece en esos bailes nefandos, en esos nauseabundos lupanares donde perece una juventud preciada que debiera ser la esperanza de la familia, de la Iglesia y de la sociedad. Esto es lo que se ve en los días de fiesta y no hay quién lo llore; esto es lo que ven los regidores de los pueblos y no ponen remedio, ó mejor, son ellos los que teniendo el encargo de reprimir las violaciones públicas del orden moral, las toleran, las protegen, y ponen á tales infamias el sello de su autoridad. ¿Qué será de estas gentes olvidadas de Dios y entregadas á la servidumbre de las pasiones? Sino es de sus bocas, de fondo tenebroso y repugnante de nuestras depravadas costumbres, sale rugiendo á manera de huracán este grito impío: No hay Dios en el cielo que se cuide de nosotros. No sean para él los días de fiesta, comamos y bebamos, coronémonos de rosas antes que se marchiten; bailemos, gocemos, hagamos de esta vida un continuo festin, porque mañana tal vez moriremos. Y habló Dios al mundo desde un torbellino, diciendo: ¿Quiénes son los insensa-

tos que vierten lenguaje blasfemo en palabras salvajes? Y empezó á tronar desde las alturas, y vació sobre sus cabezas la copa de sus iras. La tierra se estremeció en sus fundamentos, y todos aprendieron en una leccion tan terrible como dolo rosa que nadie debajo del sol, ni hombre, ni pueblo, ni ciudad ultraja impunemente al Dios que cabalga los aquilones.

*
* *

VIRGEN DE LAS VIRGENES.

Con motivo de las festividades del Santo Rosario, que en todo el mundo católico sehan celebrado, un canónigo de Marsala (Italia), Mr. José Galfano, ha publicado un libro con el mismo epígrafe que el puesto á este artículo; libro que, si siempre seria interesante, hoy tiene una oportunidad extraordinaria.

Acaba de pasar el mes de Octubre, durante el cual hemos implorado á la Santísima Virgen, obedeciendo al mandato del príncipe de los obispos y conformándonos con sus intenciones. No hemos podido rezar sin meditar en las virtudes de la Santa Virgen. Sus virtudes nos han hecho desear conocer su interior, hácia el cual uno de sus más devotos, el canónigo Galfano, desea hacer converger las miradas de todos con el libro indicado.

Pues bien: vamos á decir que

todo lo que hemos aprendido respecto de la Santísima Virgen, en nuestras oraciones y meditaciones, todo ello no nos ha hecho aprender la más pequeña parte de los méritos de María y que hay casi tanta distancia entre lo que sabemos de la bendita Virgen María y lo que el canónigo Galfano ha recogido para su gloria, como entre lo que el libro del piadoso canónigo y lo que veremos en el cielo cuando contemplemos á María Santísima á la derecha de su Hijo, sobre el trono en donde ella ha sido sentada por la muy augusta Trinidad, con su corona de estrellas y su trage tejido de oro.

Tres son las partes en que está dividido el libro: la Virginidad de María antes, durante y despues de la Encarnacion del Verbo divino. Pero si este libro nos parece tan precioso y fecundo, es por que el autor ha puesto de cosecha propia lo menos que ha podido. Al contrario, sus esfuerzos se han dirigido á reunir en sus páginas todo lo que la tradicion de todos los lugares, de todos los pueblos y de todos los tiempos, ha dicho y cantado en honor de María. El lector encontrará en este repertorio muchos nombres conocidos, pero tambien ¡cuántos desconocidos para los ignorantes y aun para los sabios! Sin embargo, ¡cómo estas plumas conocidas, ó desconocidas, han dicho cosas entu-

siastas y arrebatadoras con las cuales no se sabe deleitarse bastante! es preciso ir á buscarlas á este volúmen de seiscientas páginas, en donde ellas esperan á las almas curiosas de los secretos divinos.

Quisiéramos, por lo menos, dar en EL BOLETÍN DOMINICAL una muestra de las riquezas de elocuencia mística y de poesía celeste que el libro contiene. En la dificultad de elegir, nos decidimos por los retratos de Maria, tal y como ella ha aparecido en la tierra, cuando ha conversado con los hombres, y tal y como se manifiesta á los elegidos en el cielo.

«Maria era en todo honesta y »grave, hablaba poco y siempre por »necesidad, facil en escuchar, no »pudiendo ser más afable. Su honor »y su reverencia resplandecian en »su persona. De una estatura regular, aunque hay quienes hayan dicho que ella sobrepujaba la estatura general de la mujer. Empleaba una decente libertad al hablar »con todo el mundo, sin risas, sin »turbacion y, sobre todo, sin impaciencia. Era rubia como el trigo en »las espigas, los ojos vivos, con »pupilas de un color parecido á la »oliva madura. Sus cejas estaban »bien arqueadas y de un hermoso »color negro, la nariz algo larga, »los labios purpúreos, y de ellos »brotaban palabras llenas de suavidad. La cara ni redonda, ni puntiaguda, sino hermosamente ovalada.

»Las manos y los dedos un tanto »largos. Ella desconocia toda especie de fausto; sencilla, no dando »delicadeza á sus maneras, evitando »todo amaneramiento y sobresaliendo en humildad. Se contentaba con »trages sin colores, y aun el velo de »la cabeza no tenia más que el color nativo. Y para decirlo todo en »una palabra, habia en su persona »una gracia toda divina. (Epiphonio de Constantinopla; *apud Cansium*.)

«De todas las partes del mundo, »una multitud innumerable de fieles »recientemente convertidos se dirigian hácia Jerusalem para ver esta »grande maravilla del universo, y »este sacro-santo tabernáculo, en el »cual el Hijo de Dios habia dignado »encarnarse. La realidad es mayor »que la fama, y la vista excedia á »todo lo que los llegados habian podido esperar. La concurrencia de »fieles era tan grande, que las calles »se veian inundadas por la multitud. »Pensad lo que sucedería hoy si la »Reina de los cielos viniera todavía »á la tierra. ¿Qué es lo que en toda la »Iglesia no emprendería un viaje »para ir á ver un tan grande espectáculo? (Santo Tomás de Villanueva »*De Assumptione Virginis*.)

«Dionisio, servidor y último prisionero de Jesucristo, al vaso de celeste eleccion, Pablo, su preceptor y principe, salud:

»Yo confieso delante de Dios,

»príncipe mio, que los hombres no
 »pueden percibir lo que yo he visto
 »no solamente con los ojos de mi
 »alma, sino también con los del
 »cuerpo; pues he contemplado con
 »mis propias miradas la que tiene
 »una forma divina, la Santísima
 »Madre de Jesucristo, Nuestro Se-
 »ñor, que está sobre todos los espí-
 »ritus celestes, la que se ha dignado
 »mostrarme la bondad de Dios,
 »la clemencia del Salvador y la
 »gloria de la Magestad divina de la
 »Virgen María. Porque yo he sido
 »conducido por Juan, jefe del evan-
 »gelio y de los profetas, el cual,
 »aunque teniendo un cuerpo, res-
 »plandece como el sol en el cielo;
 »he sido conducido á la presencia
 »deiforme de la Santísima Virgen.
 »El esplendor divino, en el cuál he
 »sido sumergido, que me cubría es-
 »teriormente y que irradiaba más
 »plenamente todavía en el interior,
 »era tan grande la fragancia de los
 »perfumes que de toda clase abunda-
 »ba, de tal manera que no mi misera-
 »ble cuerpo, ni aún mi espíritu hu-
 »biera podido soportar los privile-
 »gios de una tan grande felicidad.
 »Mi corazón ha desfallecido, mi
 »espíritu ha sucumbido bajo la ma-
 »jestad de tanta gloria. Yo certifico
 »que el Dios que estaba presente en
 »esta Virgen, cuando todavía tu
 »doctrina, Pablo, no me lo hubiera
 »enseñado, era el verdadero Dios
 »que yo confesaba, porque era im-

»posible ver una mayor gloria en los
 »bienaventurados, como la felicidad
 »que yo he podido gustar, yo tan
 »dichoso en aquel momento, y aho-
 »ra tan desgraciado!! Gracias, pues,
 »sean dadas al Dios muy augusto y
 »muy bueno, á la divina Virgen, y
 »al eminentísimo Apostol Juan, y
 »á tí cúspide de la Iglesia y su prín-
 »cipe, que habeis permitido con
 »tanta clemencia admirar este in-
 »comparable espectáculo. Adios...
 »(Juan de Cartagena, *De sacris Ar-
 »canis Deiparæ*).

»El supremo artífice ha hecho:
 »para la exposicion la más llena de
 »arte, un espejo único, más claro
 »que la claridad, más limpio y más
 »puro que un serafin, y de tanta
 »pureza que nada más puro se pue-
 »de comprender, si no es Dios; á sa-
 »ber, la persona de la Bienaventura-
 »da Virgen María, (Santo Tomás de
 »Aquino, *De Decem gradibus amoris*.)

»Cuando San Ildefonso bajaba por
 »la noche á la Catedral para la Ex-
 »pectacion de la Bienaventurada
 »Virgen María, los que le acompa-
 »ñaban fueron de tal modo asombra-
 »dos por el resplendor que les des-
 »lumbraba en el pórtico de la Igle-
 »sia, que retrocedieron. Solamente
 »el santo intrépidamente avanzó
 »hasta el altar y allí vió á la Vir-
 »gen y se arrodilló á sus piés. De sus
 »manos recibió una casulla de la
 »cual debía servirse para el Santo
 »Sacrificio de la Misa.» (Breviario

»romano y español, *oficio de San In-*
»*defonso.*

Pero la Santísima Virgen no se ha hecho solamente ver á San Ildefonso, Arzobispo de Toledo. Hace pocos años, en 1858, Bernadette Soubirons, fallecida en 1879 en el convento de Nevers (Francia,) ha tenido la altísima honra de ser admitida á contemplarla en la Gruta de Lourdes. ¿Estaba menos deslumbradora que en el siglo VII?

Bien sabido es que Mr. de Ressegnier fué á visitar á la Bernadette en compañía de las señoras más aristocráticas y más bellamente adornadas de Francia, y habiéndola preguntado como era el rostro de la Santa Virgen, y mostrándole la más hermosa de las personas presentes, se la dijo: ¿Esta señora no se le parece?

Bernadette retrocedió estupefacta al oír una pretension tan sacrilega, diciendo: «Maria Santísima no ha »podido y no podrá jamás ser com- »parada más que á ella misma.»

¡¡Cómo la esperanza de verla debe acernos agradable hasta la misma muerte!!!

*
**

LOS JÓVENES DEL DÍA

Y SUS LECTURAS.

La necesidad de formar un *Apostolado* de madres católicas que tomen muy á pechos la sana educa-

cion de sus hijos, y fomenten la cristianizacion de la educacion de las niñas, es cada dia mayor. Y no sólo debe extenderse su amor maternal á la guarda mas exquisita de la inocencia de sus hijos en la infancia, sino que deben con más ahinco velar por ellas en los albores de la adolescencia, apartándolas de las compañías peligrosas y sobre todo de las malas lecturas.

Para formar una idea del estrago que causan las malas lecturas en las jóvenes, y en particular la lectura de novelas, recomendamos á los padres y madres que pasen su vista por las siguientes lineas:

«No hace muchos dias, cumpliendo con deberes sociales, visité á una familia, cuyo jefe ostenta dignamente una borla de doctor.

Digo dignamente, porque la ha conquistado con su talento y su trabajo.

Una doncella me introdujo en el salon y á los pocos momentos apareció una joven de 20 abriles, de esbelta figura y agraciada fisonomía.

Llenadas las fórmulas de ordenanza, expliqué el objeto de mi visita, y averigüé que aquella joven era la única hija del doctor y sólo individuo de la familia que á la sazón estaba en casa.

Obligado á esperar el regreso del padre, mientras proseguía la conversacion, fijéme en un libro que tenia en sus manos.

Fluctuaba, instigado por la curiosidad y detenido por la delicadeza, mas como por fortuna la conversacion se habia encauzado, podia muy bien, sin esfuerzo ni violencia alguna, prolongarla algunos instantes y satisfacer el deseo que me aguijoneaba.

—¿Es V. aficionada á la lectura?
—le pregunté al fin, tratando de descubrir más con mis palabras los secretos de mi corazón.

—Algo, me respondió tímidamente.

Esta lacónica contestacion era para mí el mal agüero.

Mi curiosidad creció y redoblé el ataque.

—¿Cuáles son los autores favoritos de V.?

—Todos—contestó con una sencillez que cayó sobre mí como una barra de plomo.

Estaba visto, no podia animar la conversacion sobre este punto.

Fuéme, pues, preciso cortar por lo sano.

—¿Sería—proseguí—indiscreto si le preguntase el título de esa obra? señalando la que estrechaba con sus manos.

—De ninguna manera, contestó sonrojándose ligeramente; es *El...*

No quiero repetirlo.

Habia formado un mal concepto de aquel libro; pero con todo superé mi presentimiento.

Es uno de esos libros cuya inmo-

ralidad se eleva á una potencia incalculable.

Ya no hay peor.

Seguramente que mis nervios se contrajeron y dilataron á un tiempo, y que en mi fisonomía debió asomarse la triste impresion que sufrió mi alma.

—¿Nó le parece bien este título? dijo la jóven, con la mayor buena fé del mundo.

—Y tanto, contesté, que me admira que su papá le permita su lectura.

—¡Oh! papá no se mete en estas tonterías.

Ocupado en sus negocios nunca me ha hecho observacion alguna en este punto. Si bien he oido decir que existen obras que pervierten el corazón, jamás he leído ninguna de ellas.

Mi primo Carlos me trae á menudo libros de este género, que son ciertamente muy entretenidos, y en los cuales no he visto la parte mala que contiene.

Ved ahí una contestacion que parte en dos mitades al mas guapo.

Aquella jóven no tenia conciencia del veneno que roía la más hermosa joya de su alma.

Miraba como lo más natural del mundo que un mancebo rico y elegante, ignorante y valiente, despreocupado y audáz, sin fé, sin respeto y sin amor, despues de sembrar el llanto y la desesperacion en

cien familias, fuese declarado el héroe de la novela.

Muchas son, por desgracia, las jóvenes que por descuido de sus padres leen esas páginas que inspirándoles la mas estriaña idea de la sociedad, las conducen un día á querer conocer prácticamente las aventuras de un personaje quimérico, y en febril anhelo se lanzan por sendas que indefectiblemente han de llevarlas á la desesperacion ó al suicidio.

Examinad una á una las mujeres que han olvidado sus deberes y sus juramentos.

Indagad las causas que han producido esos sangrientos crímenes que la estadística de las ciudades populosas nos presenta con el frio lenguaje de los números.

Escudriñad y observad, y vereis como la mayor parte son efecto de las malas lecturas.

Muchas y muy saludables consideraciones se desprenden de lo apuntado.

Gustoso ampliaria este boceto, si lo permitiese la índole de un artículo, y si tuviese fuerzas suficientes.

Sobre ello se ha escrito mucho bueno; más como el asunto es, según espresion de un publicista, un pilon del que brota más agua cuanto mayor cantidad se extrae, siempre ha de quedar ancho campo para nuevas y oportunas reflexiones.

He dicho lo suficiente para mi objeto.

Solo he intentado hacer resaltar la necesidad, el deber que tienen los padres de velar sobre sus hijos, para que no lleguen á sus manos libros que labren su infelicidad.

La vida agitada de los negocios puede dejar un corto espacio para dirigir prudentemente las inclinaciones de las personas que Dios ha puesto bajo su amparo en la tierra.

Sério es el asunto, pues que de él depende el bienestar de la familia ó el desquiciamiento de la sociedad.

Pongo aquí punto, y si alguno, confiando en la inocencia de sus hijos, se rie de mis rancias ideas, buen provecho.

Él, en primer término, ha de tocar los resultados.

HRMENEGILDO.

(*El Bien*, de Granada.)

*
* *

Los anatemas de la Iglesia producen siempre su efecto. Lo que ella hiere, caerá. En cuanto á la hora, esto pertenece á Dios.

Hay obras malas que Dios deja realizar por un efecto de su misericordia hácia los que las sufren y por un golpe de su justicia contra los que las han meditado. La Providencia fija la duracion de estas pruebas, y la fé espera.